

desaparecen las causas que la hacen repugnante en la ley de Mahoma y no existe igual temor de sobrevenir á la infeliz criatura ninguna consecuencia desagradable.

A este acto, que el judío concede una importancia inmensa, invítase á todos los parientes y amigos, quienes, si bien hallan una mesa ordinariamente bien surtida de variados manjares, deben primero ejercitar sus fuerzas—si pertenecen á su religión—con una sesión de rezo interminable, acompañado como de costumbre por extentóreas voces y el movimiento que imprimen al cuerpo mientras dura la oración. Una vez llegado el momento del sacrificio, presentan la víctima al Rabino, el cual con una navaja de afeitar, lleva á cabo la operación adoptando primeramente algunas precauciones para evitar una hemorragia muy peligrosa á tan corta edad.

Terminada esta ceremonia los convidados felicitan á la familia y á los Rabinos por contar en el seno de su religión con un nuevo hebreo que podrá quizás realizar las profecías de los antiguos patriarcas, cuyo cumplimiento aún esperan: principiando en seguida los cumplimientos con que el ufano padre procura calmar á sus convidados, cuyos grados de simpatía están en proporción del consumo que en este acto hagan de la comida y dulces que se les ofrecen.

\* \* \*

Las ceremonias que preceden al casamiento de los hebreos revisten un carácter bastante original y agradable, para cuantos los presencian por vez primera, experimentándose el mismo efecto que si pudiesen observarse las costumbres de los pueblos anteriores á Jesucristo. Este acto tan natural y necesario para la constitución de la familia, no tiene tampoco entre los hebreos la misma importancia que se le concede

en Europa; y con la mayor facilidad se deshacen los lazos que contraen los cónyuges, fundándose en los casos prescritos por las leyes antiguas, que aún rigen para ellos. Sin embargo, las demandas de divorcio son poco frecuentes porque se ha procurado siempre dificultar estas separaciones, mal vistas por la generalidad y reprobadas por sus costumbres sociales.

Los parientes del novio son siempre los encargados de concertar los preliminares de la boda, y con amplias facultades estipulan primeramente la dote que la novia aporta al matrimonio; asunto este de gran importancia que un judío considera siempre de preferencia en todos los actos de su vida. Después de vencida la cuestión de interés el novio y los padres de ambos consortes acuden á la sinagoga, donde el padre de la novia jura entregar su hija en matrimonio al que, con anticipación, habrá hecho análoga promesa, de recibirla como esposa obligándose á guardarle todas las consideraciones que la ley prescribe.

Trascurrido algún tiempo después de estos esposales, empiezan las ceremonias del casamiento conduciendo la novia al baño, cuya costumbre basada en una exagerada superstición es motivo para conocer, por medio de infinitos actos, ridículos unos y poco edificantes otros, el futuro porvenir de la desposada. Después del baño trasladan la novia á casa del novio, á pié ó en una silla llevada por cuatro hombres. En cualquiera de ambos casos la infeliz doncella, vestida con sumo lujo y excesivamente pintada—aunque sus facciones no necesiten este aditamento para parecer hermosa—debe guardar una inmovilidad completa en el trayecto; hasta que, una vez en su nueva morada y previa lectura por el *Jajam* de los ritos de la ley y del contrato matrimonial, la colocan en una cama elevada unos tres ó cuatro metros del suelo, donde las amigas ó personas de su familia la despojan de sus riquísimos adornos, cambiándolos por otros más ordinarios.

Durante el trayecto acompaña á la novia un apiñado séquito con hachas encendidas, música de sonajas, violines y otros instrumentos del país, y la algazara que caracteriza las fiestas de los judíos.

Miéntrás la novia cambia su traje, el patio y habitaciones principales se hallan ocupadas por algunas bailarinas, debiendo uno de los convidados depositar en la bandeja que le presenta la novia cinco monedas de oro ó plata; número cabalístico que, entre las propiedades que generosamente le atribuyen, tiene el privilegio de evitar el *mal de ojo*. Esta cuestación, casi obligatoria para los convidados, se dedica al Jajam encargado de recitar las oraciones y de implorar del *Dios de Abraham* la felicidad más completa para los desposados.

Sólo en escasos puntos del interior se guarda todavía la costumbre de enseñar á los que asisten á la boda, ciertas ropas de la novia que justifican su honestidad; costumbre que dá origen á diversos actos y detalles cuya descripción parecería inverosímil y repugnante.

Siempre las exageraciones han producido un efecto diametralmente opuesto al que se proponen los que suelen emplearlas para producir mayor efecto en el ánimo de los demás, y esto acontece cuando presencia un europeo los duelos de los judíos; la estupefacción del primer momento desvirtúa por completo ese sentimiento tan digno de respeto, y raras veces puede la imaginación vencer el anonadamiento en que se encuentra sumida y conceder á aquél acto la simpatía á que parece debiera ser acreedor de todas las clases de la sociedad. Si este fenómeno moral no se verifica cuando la desgracia aflige á alguna familia hebráica, consiste sólo en los extravagantes lamentos que

partiendo de la casa mortuoria esparcen con inconcebible rapidez la noticia por la mayor parte de la población.

Desde el momento en que un enfermo entra en el período de la agonía, se apodera de su cuerpo una hermandad, cuyos individuos únicamente pueden lavarle, despues de muerto, y envolver el cadáver en la mortaja, formada por una especie de sábana blanca; sin que á nadie, ni áun á los parientes más cercanos, les esté permitido verlo. Las mujeres se reúnen en el patio de la casa, forman un círculo y principian los lamentos con el *uó, uó, uó*, seguido de saltos acompañados; cuando se hallan rendidas y les falta la respiración para continuar con idéntico estrépito el *guishdor*,—nombre con que designan el duelo,—se sientan en el suelo y descubriéndose el pecho, á fin de darse mayores golpes, se arañan la cara hasta ensangrentarse los dedos; mientras dura esta operación, una vieja, sentada en el centro del círculo, refiere las proezas y excelentes cualidades del difunto; y así sucesivamente hasta que trasladan el cadáver al cementerio, que suele verificarse en el mismo día si el fallecimiento tiene lugar por la mañana, ó al siguiente en el caso de ocurrir á hora avanzada de la tarde.

Los hombres, mientras tanto, no se hallan ociosos, y aprovechando los escasos instantes de silencio que las mujeres conceden para tomar alientos y volver con más saña á repetir sus lastimeros gritos, se dedican á preguntar al difunto la causa de su muerte, y de vez en cuando se oyen, entre otras exclamaciones, algunas tan extrañas como las siguientes: *¡Señor del mundo!—¿Por qué te llevastes á babá?—¿A quién llamaré yo babá?* etc.

En los ocho días siguientes la casa que habitó el difunto vuelve á recobrar su tranquilidad ordinaria, pero entónces las lamentaciones se verifican en los cementerios, sobre la losa del finado, á quien vuelven

á interpelar con insistencia para conocer la causa de su muerte, dejándolos en el mayor abandono; si le habían faltado á alguna consideración; si no le daban buenos caldos y gallinas, con otras diversas preguntas que parecerán inverosímiles á cuantos no tengan ocasion de oirlas.

El luto guardado por la familia es de un año y se conoce en el traje especial designado para este caso, y la circunstancia de que los hombres no pueden cortarse el pelo ni la barba durante este tiempo.

Para transcribir la mayoría de las costumbres del pueblo israelita que habita el Mogrèb, carecemos por ahora de espacio suficiente; pero creemos que estos apuntes servirán para dar una idea muy aproximada de la vida que atraviesa esta raza en aquella parte del continente africano. Proceder de otra suerte, traspasaría los límites de estos apuntes, pues la raza hebrea observa un número tan elevado de preceptos, guarda todavía los usos de los pueblos primitivos, y no obstante las vicisitudes atravesadas, su estado moral revela de un modo indudable la relajación y empobrecimiento de sus mejores cualidades y su inferioridad, considerada bajo todos los aspectos, con relación á los demás individuos que no pertenezcan á su religión.

### CONSIDERACIONES POLÍTICAS Y MILITARES.

Sin apartarnos de la brevedad que en estos apuntes nos hemos impuesto desde un principio, conviene á nuestro propósito y al interés que inspiran en estos momentos las cuestiones relacionadas con Marruecos, analizar sus condiciones de vida, la actitud de las principales potencias ante los trascendentales problemas planteados y muy próximos á resolverse, los recursos que el Magreb dispone para rechazar una invasión y los medios más adecuados á fin de lograr, casi sin acudir á las medidas violentas, un cambio radical en el modo de sér de los dominios de Muley Hasan.

La inmensa mayoría de cuantos estudian con algún detenimiento los asuntos llamados de política internacional, reconocen la necesidad de introducir en Africa la bienhechora influencia de la civilización europea, llevando la sávia de su vida á donde sólo impera el salvajismo. Si alguna duda entibia, de vez en cuando, este sentimiento humanitario, á la par que de inmensa trascendencia para el porvenir de nuestra pátria, tiene su origen en la elección del procedimiento más en armonía con el verdadero derecho internacional, y que produjese la rápida realización de un ideal que acariciaron nuestros antepasados como indispensable para el desarrollo de nuestra influencia, sin exponerse á los sacrificios que exige la conquista de un país muy poblado, y cuyos habitantes,

dotados de un gran amor á su pátria y á sus creencias, defenderían tenazmente su territorio con la valentía y sobriedad que són sus principales elementos de guerra. Algunos, por fortuna muy pocos, creen, por el contrario, que si España, ejerciendo una política digna y activa comprometiese sus fuerzas en tamaña empresa, nos habíamos de encontrar rodeados de peligros por la escasez de recursos y falta absoluta de preparación en nuestra organización militar. No es tanta, sin embargo, nuestra pobreza ni se halla tan abatido el espíritu nacional para que se opongan obstáculos á empresas, cuyo fin sólo debe inspirarse en la necesidad de preveer los males que nos amenazan, si, aceptando la teoría de los hechos consumados, elevada á principio legal por varias potencias que consideran los derechos sometidos siempre á la fuerza, adquieren, cualquiera de las naciones europeas, pero especialmente la Gran Bretaña, el otro lado del estrecho donde tenemos importantes plazas que defender.

No hace mucho tiempo se publicó un interesante trabajo del Sr. Cánovas del Castillo, dirigido á ilustrar las oscuras páginas de la historia del Mogreb, en el cual encontramos tan atinadas observaciones, que no podemos resistir á la tentación de copiar el siguiente párrafo, que condensa las opiniones de este eminente estadista sobre el imperio de Marruecos:

«Pero hay una ley histórica que hemos venido observando al través de los siglos en el Mogreb-el-Aksa, la cual dice claro que el pueblo conquistador que llegue á dominar en una de las orillas del Estrecho de Gibraltar, ántes de mucho tiempo dominará en la opuesta. Esta ley no dejará de cumplirse. Y si no hay en España bastante valor ó bastante inteligencia para anteponerse á las otras naciones en el dominio de las fronteras playas, dia ha de llegar en que sucumba nuestra independendia y nuestra nacionalidad desaparezca, quizás para no resucitar nunca. Ahí en fren-

»te hay para nosotros una cuestión de vida ó muerte; »no vale olvidarla, no vale volver los ojos á otra parte; »el día de la resolución llegará, y si nosotros no atendemos á resolverla, otros se encargarán de ello de »muy buena gana. En el Atlas está nuestra frontera »natural, que no en el canal estrecho que junta el Mediterráneo con el Atlántico: es lección de la antigua »Roma.»

Existe tambien una ley histórica que enseña, que las dos orillas del Mediterráneo han de pertenecer á la raza más activa, trabajadora, instruida y emprendedora; pero mientras posesiones tan vastas como las descubiertas por Colón, alcanzan, despues de continuas luchas con el pasado, un estado de cultura igual ó superior al de los pueblos que primeramente las dominaron; mientras la civilización europea riñe encarnizadas batallas con la asiática; mientras en la Oceanía imperan ya los elementos del progreso y las sociedades se trasforman en brevisimo plazo, el continente africano, más próximo á Europa que cualquiera de los demás Estados mencionados, continúa estacionario, cuando no retrocede, desde que el dominio de los Sherifes absorbió las comarcas que poseyeron los primeros invasores sarracenos de nuestra Península.

El África septentrional hubiera seguido el movimiento intelectual y progresivo de sus vecinos del Estrecho de Gibraltar, si las naciones más interesadas en su porvenir no recelasen del éxito de sus proyectos, ante la codiciosa vigilancia que todos los diplomáticos ejercen cuando se trata de resolver algun asunto que se relaciona con el dominio del Mediterráneo. Ese país, decrepito por el estado de salyijismo en que se encuentra, y aniquilado por las despóticas autoridades que lo gobiernan, habria logrado, sin aquellós obstáculos, eclipsar á los pueblos meridionales con los elementos de riqueza que atesora su suelo; y absorber el comercio de la mayor parte de las naciones más



poderosas, formando de sus asolados campos una comarca tan floreciente y civilizada como la más rica de cuantas hoy se conocen.

Pero á pesar de que el carácter de la raza africana es emprendedor, inteligente y audaz, como lo prueban las luchas sostenidas desde tiempos de los fenicios, no se debe esperar que, reducida á sus escasos recursos, llegue algún día á realizar esa obra de engrandecimiento, sin la cual tiene necesariamente que desaparecer porque su continuación es una afrenta constante al mundo civilizado, que tolera á su presencia los continuos desmanes de un país dominado por el fanatismo y la barbarie. Es preciso que Europa, encargada de introducir las mejoras que las corrientes imponen en la vida de los pueblos atrasados, no exceptúe de ese laudable movimiento al imperio marroquí, casi desconocido en la mayoría de sus posiciones por las escasas exploraciones científicas realizadas, no obstante su proximidad al continente.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

\* \* \*

Los que sólo conocen á Marruecos muy superficialmente, creen que el interés de España debe limitarse á llevar á aquella región africana los progresos de la civilización, y de ningún modo comprometer sus fuerzas en un guerra de conquista. Esto, á primera vista, es una teoría muy seductora, tratándose de un pueblo cuya desgracia debe remediar en lo posible el vecino, sin ulteriores miras egoistas; pero si se tratase de llevarla á la práctica sería necesario imitar la conducta seguida por Francia en la Argelia y por Inglaterra en Chipre y Egipto, puesto que los obstáculos que opusieran las autoridades, muy particularmente, harían irrealizables tan nobles propósitos

Y la explicación de estas creencias es bien sencilla.

Ese poderoso influjo de la ciencia que tanto ennoblece al hombre, tiene también la virtud de hallar fácil acogida aún entre los pueblos salvajes; y á pesar de la barrera, al parecer infranqueable, que le opone el fanatismo—no la religión—se hace simpático á cuantos divisan sus vivificadores fulgores. El musulmán, absorto en sus contemplaciones místicas, no desdena que se le hable de los adelantos que realiza incesantemente el cristiano; la descripción del ferrocarril y del telégrafo, los progresos realizados en las ciencias físicas y matemáticas, y otras mil disertaciones, que sería prolijo enumerar, sobre las ventajas del estudio, le infunden un sentimiento de admiración por tanto prodigio, que no puede explicarse, y con facilidad confiesa la superioridad tan inmensa que existe entre el hombre instruido y el ignorante, sujeto á los caprichos de un gobierno déspota y sanguinario; pero de vez en cuando, se acuerda, no obstante, de que el cristiano profesa otra religión con preceptos que él considera sacrílegos, y al meditar en las ofensas que el Sér Supremo recibe diariamente del *rumi*, cree como artículo de fé que los espíritus malignos auxilian nuestros trabajos y no titubea en preferir la situación repugnante de su existencia con tal de que pueda adorar libremente á *un sólo Dios sin compañero, ni asociado*.

Otro recurso se considera como eficaz para desterrar las bárbaras costumbres que actualmente se practican á las puertas de Europa: procurar por cualquier medio el exterminio de esa raza, hoy tan abatida, pero que en la Edad Media figuraba al frente de todos los pueblos, por su ilustración y especiales condiciones para el mando y gobierno de los estados. Este recurso, que repugna á la sociedad actual, tiene también el inconveniente de que tan rigurosa y arbitraria medida debía ejecutarse en un número de almas que excederá seguramente de cien millones. En este concepto, la tarea había de ser de tan larga du-

ración como pródiga en horrores y sacrificios de todo género, siendo además poco envidiable el renombre que nuestra generación legaría á la posteridad.

Analizando el curso seguido por los asuntos de Oriente durante su laborioso proceso; fijando la cuestión de Africa en los términos que se halla planteada por las naciones que primeramente han tomado la iniciativa, apoderándose de cuanto pudiera ser necesario á sus fines políticos, y en la persuasión de que España no puede permanecer indiferente, sin grave riesgo para su nacionalidad é independencia, conocida la precipitación con que se adelantan los sucesos, parece indudable, á nuestro juicio, la necesidad de un cambio radical en nuestras relaciones diplomáticas, reclamando la intervencion que legitimamente nos corresponde en los asuntos de Africa, por su estrecho enlace con nuestro porvenir.

Si no existieran los compromisos que las conveniencias políticas imponen, y se desplegara mayor energía en los asuntos que revisten más importancia de la que se concede á los suscitados por los diferentes partidos políticos, origen siempre de nuestra pobreza y decaimiento, creemos fundadamente, por la experiencia adquirida durante nuestra residencia en el imperio de Muley Hasan, que España podría contar, al otro lado del Estrecho, con una colonia numerosa y con grandes simpatías entre los indígenas, quienes acogerían con júbilo á los nuevos huéspedes pues asociándose á ellos para ensanchar sus vías de riqueza, pondrían al amparo de una nación civilizada sus bienes y su existencia, que hoy pende siempre de la omnimoda autoridad del emperador ó kaid que los gobierna.

La numerosa emigración que actualmente se dirige á Argelia, fomentando un foco permanente de

cuestiones con la nación de allende los pirineos, acudiría con ventaja al Mogreb, pues en su privilegiado suelo hallaría mayores compensaciones á sus fatigas y privaciones. De este modo se crearían intereses españoles por toda esa región, y la sociedad actual tendría que trasformarse, pues es sabido que en la vida de los pueblos el que no progresa desaparece.

Este resultado no puede obtenerse en la actualidad, porque domina un criterio diametralmente opuesto en cuantos actos ó disposiciones gubernamentales se adoptan para proteger la residencia de un español en Berbería. Sin duda es más sencillo, y sobre todo más cómodo, dejar á las autoridades del sultán en completa libertad para aumentar las trabas y dificultades que halla el cristiano al fijar su residencia en cualquier punto de la costa occidental, impidiendo á la vez que sus pacientes súbditos traten de sacudir, por el mal ejemplo que recibirían, el ignominioso yugo que los esclaviza.

Las malhadadas Conferencias diplomáticas, verificadas en Madrid en el año 1880, proporcionan una prueba evidente de que España, en vez de atraerse el mayor número de simpatías de entre aquellos desgraciados, procura perpetuar la horrible tiranía de los sultanes, imposibilitando el establecimiento de acaudalados comerciantes, excepto en la ciudad de Tánger, que, como residencia de los representantes extranjeros, se halla exenta de las infinitas gabelas y arbitrariedades que las demás sufren con humildad, pero no con resignación.

El primer obstáculo con que un europeo tropieza al desembarcar en un puerto de Marruecos, es la falta de habitación donde alojarse. Aun cuando su situación le permitiera adquirir terrenos para edificar una casa y almacenes, las autoridades del país le advertirían bien pronto que, á pesar de hallarse en un país *amigo*, con el cual existen sus *correspondientes tratados de comercio*, no podía poseer ese género de pro-

riedades porque el sultán lo tiene prohibido. Si esta contrariedad no fuera bastante para hacerle desistir de sus propósitos, le manifestarían también que las mercancías se hallan sujetas á derechos *variables*, pues el emperador, que rara vez dispone de recursos, cede la contrata de impuestos al mejor postor; el cual, conociendo el porvenir que le espera, no escatima medio para explotar el negocio y saciar de este modo las ambiciones, siempre peligrosas, de su señor y dueño.

El derecho de protección se ha limitado de tal suerte, que los intereses de los cristianos podrán hallarse á merced del gobierno mogrebino, el día en que se planteen, en debida forma, las ventajas concedidas al sultán, como justas y equitativas del soberano de Marruecos, sin considerar que este especial emperador no conoce más justicia que la dictada por su capricho.

Con tales elementos,—y no enumeramos otros muchos defectos de la administración marroquí—es de todo punto imposible atraer el comercio español hacia aquellas costas. Sólo reformando por completo el tratado hoy existente se podrían incluir cuantas condiciones son indispensables para plantear resueltamente los problemas de una colonización numerosa, que, sin permitir el menor atropello á sus personas y bienes, guardase á los indígenas el más escrupuloso respeto hacia sus leyes y creencias religiosas.—Es la primera condición que el musulmán impone, puesto que á su vez jamás se atreve á mofarse de las religiones que los demás profesan, observando una tolerancia religiosa que deberían imitar algunos pueblos civilizados.

Extendiendo nuestras consideraciones á todos los puntos que debe abrazar la política de atracción, única conveniente en Marruecos, viene á nuestra mente el importante papel que están llamadas á ejercer nuestras posesiones de la costa oriental.

Céuta, como llave principal del Estrecho, debiera ser al mismo tiempo que una plaza formidable, el centro

comercial de mayor importancia en la costa de África, puesto que sus excelentes condiciones le facilitarían los elementos necesarios para extender su radio de acción á comarcas donde sólo por casualidad, llega el europeo á hollar con sus piés. Su mercado podría absorber gran parte del comercio marroquí que actualmente reside en Inglaterra y Francia; las provincias de Andalucía y Valencia obtendrían con África un cambio constante y recíproco de los artículos más esenciales, y la industria catalana hallaría un nuevo y extenso mercado donde introducir sus productos manufactureros, pues no obstante la sencillez con que visten, el consumo es mayor por la suciedad y abandono que les es peculiar.

Melilla sería todavía un punto de mayor tráfico. Más próxima á las capitales Fez y Mezquinez, podría con las comunicaciones actuales, miéntras no se consiguiera reformarlas, abastecer estas dos poblaciones de donde se sirven las de Zerhon y Sefron, las Kábilas del Riff, Beni-Metir, Beraber, Garbia, Beni-Hasen y otras no ménos pobladas.

Este núcleo de riqueza llevaría á nuestras plazas manufactureras un movimiento de gran trascendencia, y al mismo tiempo que el comercio español adquiriría un desarrollo creciente, se restablecerían los lazos de unión que debieran siempre existir entre ambos pueblos.

Las dos plazas citadas podrían, áun en la actualidad, contar con grandes elementos de vida, con elegantes y sólidos edificios y con una policía que nada dejase que desear á la que se nota en Gibraltar. Tan sólo con emplear á los tres mil confinados, que allí sufren condenas, en este género de obras, bajo la dirección de inteligentes ingenieros y arquitectos, se conseguiría hacer de una ciudad empobrecida por el descuido en que se halla, el puerto más importante y floriente de cuantos baña el Mediterráneo.

Todas nuestras posiciones, enclavadas en territo-

rio casi enemigo, carecen de condiciones defensivas dados los modernos elementos del combate; y por un procedimiento análogo, empleando el servicio que podían prestar los confinados, se hubiera podido dotarlas de iguales medios de defensa que los ejecutados en el peñón Calpense.

La historia, «testigo de los tiempos, luz de la verdad y escuela de la vida,» tiene una importancia innegable y debe servir de experto guía para marchar sobre caminos desconocidos, y cuyo estudio militar se hace necesario; pero esta cualidad de tan trascendental rama del saber humano, queda en parte desvirtuada por aquel otro pensamiento de un filósofo contemporáneo en que dice: «Me causa profundo disgusto pensar que lo que hoy presencio será la historia de mañana,» y, por fin, el no menos exacto de Napoleón que completa el cuadro para hacer más sospechosas las relaciones de los sucesos acaecidos desde épocas remotas: «Abrid las puertas á la verdad y á la mentira; la mentira entrará la primera.» Llevados, pues, por el deseo de no incurrir en vulgaridades y apreciaciones erróneas, y aguijoneados por un espíritu investigador, hemos adquirido un grado de excepticismo que, no obstante sus innumerables inconvenientes, no nos ciega hasta el punto de reconocer y aprovechar lo bueno que aún puede tener aplicación.

Pero no basta el conocimiento detallado de cuantos sucesos militares se han verificado en esa pequeña parte del continente africano, desde tiempo de los cartagineses y romanos, para deducir un estudio completo de aquel país, considerado bajo el punto de vista militar. Es preciso también conocer muy minu-

ciosamente su constitución orográfica é hidrográfica; las diferentes tribus en que se halla dividido, y el carácter, industria y costumbres de las distintas razas que lo pueblan; y aplicando luego estos conocimientos á las reglas que el arte militar preceptúa como invariables, se procurará armonizarlas con las que impone el país que se examina, único medio de establecer un conjunto de prescripciones que eviten en lo sucesivo, si las circunstancias lo hicieren necesario, recorrer un terreno completamente desconocido, como sucedió en nuestra memorable campaña, exponiendo la vida de muchos españoles y cuantiosos sacrificios al Erario para adquirir supérfluos resultados positivos.

Las ideas y conocimientos adquiridos en nuestras excursiones por la mayor parte del territorio mogrebino, los recursos con que cuenta en sus diversos gérmenes de vida y las condiciones de sus capitales del interior, nos colocarian en condiciones favorables para desarrollar un cúmulo de observaciones, que, á disponer de espacio y auxiliados por facultades intelectuales superiores á las nuestras, habrían de redundar en provecho de los intereses materiales y morales del ejército y de la nación.

Gran parte de este trabajo, que consideramos superior á nuestras débiles fuerzas, se halla hábilmente hecho en la *Descripción y mapas de Marruecos*, por los Sres. Arteche y Coello. El Sr. General Arteche, cuya ilustración es bien notoria, sin haber tenido ocasión de conocer aquel interesante país más que por las obras escritas desde épocas lejanas, ha dictado de un modo inimitable los principios esenciales que debe tener siempre presentes un general en jefe para lograr un éxito completo y decisivo en las operaciones que dirija en el Mogreb. Sujetando, pues, nuestra conducta á este estudio, y sin alardes innecesarios de afectada modestia, expondremos también algunas consideraciones basadas en principios mili-



tares y políticos, que deben marchar siempre unidos mancomunadamente para obtener el objetivo á que toda nación habría de aspirar en circunstancias semejantes.

Al reclamar para el general en jefe que dirigiese las operaciones, el conocimiento tan trascendental de la política de la guerra, y demostrar la importancia que tiene en toda guerra de invasión las prendas morales de un caudillo, bajo cuya autoridad se halla todo sometido, necesitamos acudir á las campañas de Metelo y Yugarta, quienes, en distinto campo, nos enseñan á vencer al enemigo más poderoso, con sólo infiltrar en el ejército el sentimiento de honradez y el respeto á las creencias de sus contrarios. Y este principio, que tan excelentes resultados ha proporcionado en guerras posteriores, y cuya comprobación puede fácilmente ejecutarse con estudios sobre el terreno, nos persuadiría que la primera cualidad que debe poseer el ejército que se trasladase á la región septentrional de Africa, habría de ser el respeto á la fé y culto religioso de sus habitantes, y á sus diferentes y opuestas costumbres que sólo habían de desaparecer á medida que la ilustración se abriese paso al sólo contacto con pueblos civilizados.

Las aberraciones del fanatismo producen consecuencias difíciles de prever, si la conducta del más fuerte no trata de amoldarse á un sentimiento de extremada sensatez y cordura. De la habilidad con que se procure guardar el respeto á las creencias y costumbres ajenas, nace siempre esa *simpatía* ó *antipatía*, elementos de suma importancia para el equilibrio universal. Estos elementos engendran cierto género de afecciones, de los cuales puede originarse fácilmente lo que en los metales se conoce con el nombre de *atracción* y *repulsión*.

Ahora bien: si teniendo en cuenta la aflictiva situación que atraviesan los súbditos marroquíes se buscase el medio de suavizar esas asperezas de religión,

gérmen inagotable de profundos ódios, propicio siempre para producir hondas discordias, con facilidad se llegaría á establecer una corriente armónica entre dos pueblos de sentimientos muy semejantes, y se evitarían los sacrificios que origina una campaña contra enemigos que defienden sus tradiciones. En este sentido, el árabe sería pronto materia dispuesta para transformar por completo su régimen de gobierno porque su estado de barbarie no le permite dirigir la mirada á ningún lado sin encontrar el vacío ó el porvenir más siniestro que pueda concebir el espíritu humano; pero si, por el contrario, el número de vejaciones que hoy sufre estuviese compensado por otra série más opuesta á sus sentimientos y por lo tanto ménos tolerable, como la imposición de creencias extrañas que actualmente consideran sacrílegas, y el cambio radical de cuantas costumbres han seguido sus antepasados, y que forman el baluarte más formidable de su independencia, entónces el choque sería inmediato, pródigo en horrorosas escenas, y de duración indefinida. Cuando la fé impera en la conciencia de la humanidad, no hay obstáculo invencible que nos detenga en la senda de los delitos, por odiosos que se consideren, hasta llegar á la meta de nuestras aspiraciones; y el musulman que sólo ambiciona lograr las dichas que Mahoma le ha ofrecido en su gloria, sería un enemigo implacable y de muy difícil sumisión, miéntras los progresos de la ciencia no consigan variar sus actuales hábitos y el estado poco halagüeño de su cultura.

No es preciso, pues, abandonar este principio en cuantas guerras se verifiquen en Africa; y la nación cuyos hijos procediesen de otra suerte, llegaría á titubear del éxito de sus esfuerzos, á ménos que contase con recursos y elementos tan poderosos como excesivamente abundantes.

Las victorias más trascendentales en Marruecos se lograrán por medio de estratagemas, ardides y

constantes negociaciones políticas, que, hábilmente secundadas con las aplicaciones de las reglas prescritas por la ciencia militar, proporcionarán los resultados apetecidos con menores sacrificios y como justo premio al génio é ilustración del gobierno y de los generales que dirijan las operaciones. En este concepto las guerras de Yugurta són indudablemente las que mayor número de enseñanzas ofrecen, y las que con más vivos colores ponen de relieve las condiciones guerreras de las razas que pueblan el Africa. La actividad y energía; la habilidad para rehuir el combate cuando el enemigo lo presenta en peores condiciones para ellos; el exquisito tacto demostrado en las luchas individuales, la astucia con que preparaba las emboscadas y sorpresas, y el levantado espíritu que imponía á sus contrarios en la mayoría de los casos en que se vió obligado ó ordenar una retirada, són cualidades que por instinto, más que por convencimiento, se han venido sucediendo en los diferentes caudillos máhometanos posteriores, cuyos nombres figurarán eternamente en las páginas de la historia.

El dominio de los vándalos lega también á la ciencia militar, cuando se trata de luchas con pueblos salvajes, preceptos que convendrá imitar en varios casos. Belisario, general atrevido y emprendedor, cuyas proezas le han inmortalizado, llega á dominar un vastísimo territorio con un puñado de tropas, porque fiaba más en la calidad que en el número de sus soldados, entre los cuales gozaba de imponderable prestigio; pero si su arriesgada empresa obtuvo un éxito tan satisfactorio, fué porque supo atraerse las simpatías de muchos romanos que aún habitaban el país. Con sus acertadas disposiciones logró destruir el colosal poder de los vándalos, y si los sucesos no hubieran venido á demostrar que las grandes naciones se desmoronan, por sólidos que sean sus cimientos, cuando el virus de la inmoralidad y la corrupción corroe sus entrañas, el territorio africano hubiera sido el

floron más hermoso que adornáse las armas de la avasalladora Roma.

Pero despues del pasmoso incremento adquirido por los sectarios de Mahoma, parecia que todos los Estados habían de sufrir una fuerte conmoción en sus principales fundamentos, porque las nuevas creencias, más sábias y acertadas para sus fines de lo que muchos creen, desarrollaban en los sentimientos de todo musulman el deber ineludible, á la par que honroso, de propagar y arraigar en todos los corazones las doctrinas del Profeta. Antes de que este hombre prodigioso hubiese dictado su última sentencia, la inmensa mayoría del territorio africano pertenecía á las nuevas creencias; pero todos estos sucesos demuestran tan sólo el estado social de la humanidad en el siglo VII y no pueden aceptarse como estudios que reporten ventajas á los principios militares. La invasión de Saad, Maauia, Hasan y posteriormente la de los béberes són un cúmulo de acontecimientos muy dignos de estudio para poder examinar el proceso de la historia de la humanidad, pero de ningún modo se alcanzarán deducciones que en algún dia puedan tener análoga aplicación, pues á fin de que el progreso sea una verdad los sucesos no vuelven á repetirse en las mismas condiciones. Tampoco nos proporcionan ninguna nueva luz las guerras entre almoravides y almoades; pero al examinar la invasión sarracena en la Península, encontramos un ejemplo más de las ventajas que reportan la tolerancia religiosa y el respeto hácia los hábitos de los vencidos. No obstante la difícil situación de los Godos, la conquista no hubiera sido tan rápida, sin haber conseguido halagar á los habitantes de la Península y enaltecer el amor propio con toda clase de estímulos, para que se sometieran voluntariamente al dominio de los invasores.

Después de la expulsión de los últimos moros que habitaban la Península, ya en el primer y segundo período de decadencia, el Mogreb ha sido dominado